

Seve Calleja

Palabras para Eduardo

*Desde lugar tan grávido, tumbado, por el cielo
me voy en infinitos revoloteos de pájaro.*

(de Sus ojos diminutos)

Hay entre los personajes de las fábulas infantiles de Michael Ende uno, Tranquila Tragaleguas, que siempre me ha recordado a Eduardo. Y no por el aparente caparazón-madriguera de su cuarto, cerrado por el frío y por la lluvia, tampoco por su andar quedo por el mundo, por su escuchar atento y su siempre pensar con luz de luna, sino por la mansedumbre y tozudez de sus pasos de verso noctámbulo.

Hablamos poco, es cierto -yo sabía de él por otros y por sus dos libros-, pero la poesía a la que rendía culto nos amigaba un poco más, permitía celebrar páginas juntos en *Zurgai*, en homenajes como el que tributamos una vez a Pablo, o en la presentación obligatoria de algún poemario nuevo, o, sobre todo, en encuentros fortuitos por las calles de esta ciudad que él veía rutilante y espléndida, y que sé que él amaba a paso lento.

Nos amigó *Zurgai*, y una lectora suya me mostró la manera de extasiarse ante un poema, "*Golondrinas*" (*La poesía busca suplantar el orden cotidiano...*, fíjate, me decía, dime si no es la mejor definición del arte que has oído), que leo y que releo hasta convencerme que es su mejor poema. Y nunca se lo dije, ...y ha remontado el vuelo, y se ha perdido por un largo, sin fondo, imaginario subterráneo...

En un banco de los Jardines de Albia nos sentamos un día en que íbamos de paso y no hablamos de nada. Sabía, tampoco se lo dije, que en los trinos revueltos en las copas del árbol que miraba había hallado unos versos. Y le dejé pensarlos. Qué lástima no haber sabido entonces que estaba a punto de irse, también él y de un golpe por el cielo en infinitos revoloteos de pájaro.

